

El arte de la metáfora

Jane Hirshfield

Cuando hablamos, a veces decimos cosas de forma directa. “Voy a ir al almacén, vuelvo en cinco minutos”. Otras veces, sin embargo, hablamos de una forma que evoca una pequeña escena: “afuera están lloviendo gatos y perros”, decimos, o: “estaba esperando que caiga el otro zapato”¹.

Las metáforas son una forma para hablar sobre una cosa describiendo otra. Pueden parecer rodeos, pero no lo son. Viendo, oyendo, y degustando, es como accedemos primero a todo. El filósofo William James describió el mundo de los bebés recién nacidos como una “zumbadora y floreciente confusión”. Las ideas abstractas son cosas pálidas comparadas con esas abejas y capullos en flor.

Las metáforas piensan con la imaginación y los sentidos. Los chiles picantes en ellas explotan en la boca y en la mente. También son precisas. En realidad no nos detenemos a pensar en una gota de lluvia del tamaño de un gato o un perro de verdad. Pero ni bien lo hacemos, estamos bastante seguros de que el perro tiene que ser pequeño, un cocker spaniel, o un salchicha, no un labrador o un terranova. Creo que un Beagle podría ser algo más acertado.

Una metáfora no es verdadera ni falsa de una forma común. Las metáforas son arte, no ciencia, pero igual pueden sentirse adecuadas o equívocas. Una metáfora que no es buena lo deja a uno confundido. Sabes qué significa sentirse como una rueda cuadrada, pero no qué es estar cansado como una ballena.

Hay una paradoja en las metáforas. Casi siempre dicen cosas que no son verdaderas. Si alguien dice “hay un elefante en la habitación”, no hay realmente un elefante, buscando el platito de maní en la mesita.

Las metáforas se meten bajo tu piel atravesando las paredes de la mente lógica. Además, estamos acostumbrados a pensar en imágenes. Cada noche soñamos cosas imposibles. Y al despertar, esa manera de pensar sigue en nosotros. Nos quitamos los zapatos del sueño y nos abotonamos en nuestras vidas.

Algunas metáforas incluyen las palabras “como” o “cual”. “Dulce como la miel”, “fuerte como un árbol”. Esas se llaman “símbolos”. Un símbolo es una metáfora que admite que está haciendo una comparación. Los símbolos tienden a hacerte pensar. Las metáforas te permiten sentir las cosas directamente. Tomemos la famosa metáfora de Shakespeare, “El mundo entero es un escenario”. “El mundo entero es como un escenario” suena simplemente más flaco, y más aburrido.

Las metáforas pueden también vivir en verbos. Emily Dickinson comienza un poema: “No vi de qué manera los Cielos estaban cosidos”, y sabemos al instante cómo se sentiría si el cielo fuera una tela que se cerrara con el cosido.

También pueden vivir en adjetivos. “Aguas mansas son profundas”, decimos de alguien callado y pensativo. Y lo profundo importa tanto como lo manso y el agua.

Uno de los lugares más claros donde encontrar buenas metáforas es en poemas. Tomemos este haiku de Issa, poeta japonés del siglo XVIII.

Desde la rama,
flotando río abajo,
el canto del grillo.

La primera forma de enfrentarse a una metáfora es sencillamente ver el mundo a través de sus ojos: un insecto canta desde una rama que pasa por el medio del río. Aun mientras se ve eso, sin embargo, una parte de uno reconoce en esa imagen un pequeño retrato de cómo es vivir en este mundo de cambio y tiempo, cómo nuestro destino humano es desvanecernos, como seguramente ese grillo lo hará, y aun así hacemos lo mismo que él: vivimos, cantamos.

¹ NT: Es una expresión más común en inglés que en castellano. Uno escucha que el vecino de arriba se saca un zapato y cae, así que sabe que pronto caerá el otro. Se usa cuando uno está esperando algo que sabe que va a pasar, aunque no le guste.

A veces un poema toma una metáfora y la extiende, construyendo sobre una misma idea desde muchas maneras. Aquí está el comienzo del famoso poema de Langston Hughes, “De Madre a Hijo”:

Bueno, hijo, te diré,
La vida para mí no fue una escalera de cristal.
Tuvo tachuelas,
Y astillas,
Y tablonces destrozados,
Y lugares sin alfombra en el piso.

Langston Hughes hace una metáfora que compara la dura vida con una casa derruida en la cual igual hay que vivir. Esas astillas y tachuelas se sienten reales, y dañan los propios pies y el propio corazón, pero aquí la madre está describiendo su vida, no su verdadera casa. Y el hambre y el frío trabajo extenuante y la pobreza son lo que está también dentro de esas astillas.

Las metáforas no son siempre sobre nuestras vidas y sentimientos humanos. El poeta de Chicago Carl Sandburg escribió:

La niebla viene
en pisadas de gato.
Se sienta mirando
sobre el puerto y la ciudad
en sus ancas silenciosas
y sigue camino.

La comparación aquí es simple. La niebla está siendo descrita como un gato. Pero una buena metáfora no es un rompecabezas, o una forma de ocultar significados escondidos, es una forma de hacer sentir y saber algo de forma diferente. Nadie que haya escuchado este poema lo olvida. Se ve la neblina, y hay ahí un pequeño gato gris en las cercanías.

Las metáforas dan a las palabras una forma de ir más allá de su propio significado. Son las manijas en las puertas de lo que podemos saber, y de lo que podemos imaginar. Cada puerta conduce a una casa nueva, y a algún mundo nuevo que sólo esa manija puede abrir. Lo increíble es esto: que haciendo una manija, tú puedes hacer un mundo.

“The art of the metaphor”, Jane Hirshfield para TED-Ed (compartido por Aldana Duhalde)

<http://ed.ted.com/lessons/jane-hirshfield-the-art-of-the-metaphor>

TED-Ed Lessons: <http://ed.ted.com/lessons>

Traducción: Eric Barenboim

www.luispescetti.com